

¿Hay que decir que este es el estado natural de la sociedad civil? Pues no podemos salir de este estado ni lograr paz de verdad sino por favor y gracia especial de Jesucristo, puesto que para refrenar la ambición y apetito de lo ajeno y la emulación y la envidia, causas poderosas y principales de las guerras, nada hay tan apropiado como la virtud y la justicia que se inspiran en la ley cristiana, y bajo cuya influencia pueden mantenerse íntegros los derechos de las naciones y guardarse la santidad de los tratados y perseverar firmes los vínculos de la fraternidad universal, fija y asentada que sea una vez en los ánimos aquella verdad: *la justicia levanta á las naciones.* (5)

(Concluirá).

SECCION III.--VARIEDADES.

ENSAYOS sobre algunos estudios bibliográficos.

SAN BUENAVENTURA.

La grande época de la escolástica, durante la cual la erudición se unía tan maravillosamente al sentimiento religioso, vió surgir también la mística brotada cual nueva flor de sus aspiraciones elevadas, excitando en las almas contemplativas é inflamadas por el amor divino la más tierna y ardiente devoción. San Buenaventura, de quien puede decirse con toda justicia que ha sido una de las glorias de la Iglesia y uno de los principales ornamentos de la Orden de San Francisco, fué también uno de los más ilustres representantes de una y otra ciencia, siendo á la vez, como lo nota uno de sus biógrafos, "un místico sabio y verdadero, un escolástico inteligente y piadoso."

(5) Prov. XIV 34.

Por sus numerosas obras figuró en primer rango entre aquellos que contribuyeron á formar aquel incomparable cuerpo de doctrina que el siglo trece legara á la posteridad, manantial fecundo, tesoro inagotable que permanecerá siempre abierto á las estudiosas meditaciones de filósofos y teólogos. San Buenaventura, cuyo verdadero nombre era *Juan Fidenza ó Juan de Fidenza*, nació en 1221 en la ciudad de Bagnarea, en Toscana. Sus padres desde su más tierna infancia lo instruyeron con un cuidado especial en el amor y la práctica de todas las virtudes, preparándolo así, sin saberlo, para los grandes designios que Dios tenía sobre él. Viéndolo atacado á la edad de cuatro años, de una terrible enfermedad que parecía matarlo, su madre desolada corrió á echarse á los pies de San Francisco de Asís encomendándolo á las oraciones de este Santo para obtener así su curación; prometiéndole que si el niño sanaba, lo haría entrar más tarde en su orden. El niño sanó milagrosamente, y el santo de quien Dios había oído la oración, exclamó en un trasporte de alegría y profético reconocimiento: "¡O buona ventura!" Desde ese día Juan de Fidenza no fué conocido ya sino con el nombre de Buenaventura. Satisfecho de mostrarse fiel á la promesa que su madre había hecho por él, animado de una viva gratitud hacia su santo bienhechor, llamado sobre todo por el ardiente deseo de consagrarse enteramente al servicio de Dios, Buenaventura abandonó el mundo y vistió el humilde hábito de San Francisco el año de 1243. Entonces solo tenía veintidos años. Sus superiores enviaron al joven novicio á París, en donde oyó durante dos años las lecciones de Alejandro de Hales.

El célebre profesor no tardó en fijarse en su nuevo discípulo, cuyo candor y excelente natural le encantaron y le hicieron decir que parecía que el pecado de Adán no había pasado por el hermano Buenaventura. Alejandro de Hales murió en 1245, y Buenaventura continuó sus estudios bajo el magisterio de

Juan de la Rochelle, profesor de teología, del orden de los Franciscanos. Entonces fué cuándo se designó á Buenaventura para que diera lecciones sobre el libro de las *Sentencias* de Pedro Lombardo. Ellas fueron coronadas con buenos resultados; lo que hizo que se le nombrara sucesor de Juan de la Rochelle en la cátedra, dejada vacante por este hábil maestro en 1253. Coincidencia digna de ser notada, Santo Tomás de Aquino, con quien se había unido en estrecha amistad, inauguraba en el mismo día su enseñanza en la cátedra de teología de los Dominicos. Recibido doctor al mismo tiempo que este último, Buenaventura, cuya reputación de ciencia y de piedad se extendieron á lo lejos, fué, no obstante su juventud, electo por unanimidad General de su orden, en un Capítulo general habido en Roma en 1256, en el convento de *Ara Coeli*. Esta elección tuvo lugar sobre la proposición misma de su predecesor Juan de Parma, cuya exajerada severidad y sus tendencias á una especie de iluminismo, habían exitado el menosprecio de sus hermanos: esto lo había obligado á dimitir su dignidad. Aunque la Orden de los Franciscanos era reciente; sin embargo ya la disciplina había perdido su primitivo vigor, los abusos se habían introducido poco á poco entre sus miembros, sucitándose entre los mismos disensiones intestinas. Por su firmeza al mismo tiempo que por su prudencia y dulzura, el nuevo General llegó á restablecer entre los suyos la calma y la unión, lo mismo que la fiel observancia de la regla, consiguiendo que sus religiosos se movieran por un solo espíritu. Enojosas dificultades se habían presentado también con los Dominicos, las que fueron allanadas por intervención de Buenaventura, cuya inagotable caridad hizo cesar esas querellas. El brillo de sus virtudes, que él se afanaba en ocultar, no pudieron dejar de atraer la atención del Soberano Pontífice. Vacante entonces el arzobispado de York, Clemente IV se empeñó en ofrecerse; pero todas sus instancias fue-

ron inútiles. El humilde hijo de San Francisco, logró al fin que no se le impusiera un peso para el que se juzgaba indigno.

Su santidad é influencia aumenta ba cada día lo que fué un gran bien para la Iglesia, contribuyendo á hacer cesar el largo interpontificado que siguió á la muerte de Clemente IV. Los Cardenales se habían dividido entre sí, no pudiendo estar de acuerdo en la elección del nuevo Pontífice y la prolongación de la vacante preludeaba grandes conflictos que perjudicarían á la Iglesia. Buenaventura por sus buenos consejos, hizo que el Sacro Colegio se decidiera á nombrar á Theobaldo, arcediano de Lieja, quien tomó el nombre de Gregorio X. Dos años después de su ascenso al trono pontificio, es decir, en 1273, Gregorio nombró á Buenaventura obispo de Albano, decorándolo con la púrpura cardenalicia. Se cuenta que el mensajero encargado de llevarle esta noticia, encontró al santo religioso ocupado en lavar la vajilla del convento, á donde se había retirado para sustraerse á los honores. Obligado á obedecer las órdenes del Soberano Pontífice, el nuevo cardenal fué designado para acompañar á Gregorio al concilio eucuménico de Lyon donde debía ser uno de los oradores. El objeto principal de este concilio era, como se sabe, la reunión de la Iglesia griega con la latina, las medidas que debían tomarse para librar la Tierra Santa, siempre en poder de los fieles, la reforma en fin de los abusos de que se quejaban los miembros más prominentes del clero. Además, tenía que preparar las materias que debían someterse á la deliberación de la asamblea. En el curso de las sesiones, Buenaventura fué especialmente encargado de conferenciar con los embajadores enviados por los Griegos. Desempeñó su misión con el más brillante éxito. Encantados por su mansedumbre y convencidos por la fuerza de sus argumentos, los diputados se sometieron á la fé católica, que reconocieron solemnemente y confesaron la primacía de la Santa

Sede. Esta unión desde hacía tanto tiempo deseada y llegada al fin, no duró mucho tiempo, pues, cesó, en efecto, á la muerte del emperador Miguel Paleólogo, acaecida en 1282. Pero el dolor de ver reproducido el cisma, affigió tanto á Buenaventura, que agobiado además por el trabajo y las austeridades, fué atacado en el curso de las sesiones, de la enfermedad que terminó con sus días, muriendo el 15 de Julio de 1274 en la paz del Señor, á los cincuenta y tres años de edad. Se le hicieron magníficos funerales, tales como jamás se habían hecho ántes que á él, ni á soberano alguno; tales eran los profundos sentimientos de respeto y admiración que sus virtudes y su ciencia habían hecho nacer en los corazones. El Papa, los cardenales y todos los demás padres del Concilio, asistieron á la ceremonia. La oración fúnebre fué pronunciada por Pedro de Tarentaise, cardenal obispo de Ostia, elevado después al trono pontificio bajo el nombre de Inocencio V.

Buenaventura fué canonizado en 1482 por el papa Sixto IV; Sixto V lo colocó en el número de los Doctores de la Iglesia y le confirmó el sobrenombre de *Doctor Seráfico*. Depositado al principio en el convento de su orden en Lyon, sus restos fueron trasportados en 1494 á la iglesia que poseen los Franciscanos al pié del fuerte de Pierre-Encise, sobre las riberas del Saóne. Sus preciosas reliquias que excitaban la veneración pública y la piedad de los fieles, fueron conservadas allí religiosamente hasta 1562. Los Calvinistas de esa época las arrojaron á las llamas en una de las plazas públicas de Lyon y en su odio sectario, arrojaron las cenizas á las aguas del río. Pero dice un biógrafo de nuestro santo: esos enemigos del cristianismo no pudieron aniquilar del mismo modo los restos espirituales del Doctor Seráfico: sus obras continuaron en ser

veneradas y consultadas en la Iglesia universal.»

Nos queda que pasar rápidamente en revista las obras que nos legó. Sabido es que la escolástica y la mística fueron el objeto de los estudios y meditaciones del Santo Doctor; así es que sus escritos se pueden dividir en dos clases: Es necesario contar entre los primeros sus *Comentarios sobre el Maestro de las Sentencias*, en las cuales sostiene las opiniones de Pedro Lombardo con una rara abundancia de pruebas filosóficas; —el *Breviloquium* y el *Centiloquium*, manuales dogmáticos que encierran una corta y sustancial suma de la teología, en donde la solidéz de los razonamientos en nada cede á la más pura ortodoxia. Pero donde San Buenaventura excedió á todo, fué en la ciencia mística; conducido siempre por esa piedad expansiva y profunda, era natural que se le viera, y con razón, como uno de los más grandes maestros de la vida espiritual. Citaremos más particularmente: *el Itinerarium mentis in Deum*; *el libro de los siete grados de la contemplación*; *el Estímulo del amor divino*; *las Meditaciones sobre la vida de Jesucristo*; *el psalterio de la Virgen*, y *Opus sermorum de tempore et de sanctis*.

En 1588 96 fué la primera vez que se recogieron en Roma, por orden de Sixto V los escritos de San Buenaventura que en siete volúmenes en folio editó el franciscano Buanofoco. Otra edición se hizo en Lyon en 1688, otra apareció en Venecia en 1751 en catorce volúmenes en 4.º, y la última que acaba de aparecer en París, editada por Luis Vives, en 15 volúmenes, en 4.º á dos columnas.

[Continuará].

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga. — D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, SEPTIEMBRE 8 DE 1894.

NUM 65.

SECCION I.

Letras Apostólicas

DE NUESTRO SANTISIMO
PADRE EL

SR. LEON XIII.

A todos los Príncipes y Naciones.

SALUD Y PAZ EN EL SEÑOR.

(Concluye).

Y no ménos que en lo que toca á lo exterior, puede resultar de lo que vamos diciendo á lo interior de los Estados una salvaguardia de bienestar mucho más seguro y eficaz que el que puedan ofrecerles las leyes y las armas, como quiera que nadie deja de ver cómo de día en día van acrecentándose los peligros de la seguridad y tranquilidad pública, conspirando las sectas de los revolucionarios, según lo testifica la atrocidad de los hechos para la perturbación y destrucción de los Estados. Dos son en verdad, las cuestiones que con grande empeño se agitan hoy día, es, á saber: la social y la política; una y otra sin duda gravísimas, y para cuya recta y sábia resolución, si bien se propongan y adopten loables propósitos y

temperamentos y ensayos, nada hay tan eficaz como el educar universalmente los ánimos de la conciencia y regla de sus deberes conforme al principio interior de la fé cristiana.

De la cuestión social no ha mucho que tratamos de intento, y en este sentido, tomando los principios del Evangelio y de la razón natural. Para la acertada resolución de la cuestión política, cuyo fin es conciliar la libertad con la autoridad, cosa que muchos confunden en la idea y desatentadamente separan en el hecho, muchas y muy provechosas enseñanzas, pueden sacarse de la Filosofía cristiana. Por que una vez asentado y de común acuerdo establecido que cualquiera que sea la forma de gobierno que se haya adoptado en un Estado, la autoridad viene de Dios, entiende inmediatamente la razón que en unos es legítimo el derecho de mandar y en otros es conforme y ajustado el deber de obedecer, y en ninguna manera contrario á la dignidad humana, pues que, por una parte, verdaderamente más se obedece á Dios que no al hombre, y por otra ha intimado la Soberana Majestad juicio severísimo á los que mandan, si no representan justa y rectamente su divina persona. Por lo demás, la libertad de los individuos, á nadie puede ser mal visto ni ocasionada á sospechas, supuesto que en las cosas que son verdaderas, santas y relacionadas con la pública tranquilidad, á nadie r